

Defensorías Comunitarias: Para vivir

Viajando muchas horas por las "carreteras" de Huancavelica, un equipo del IDL visitó las comunidades campesinas donde funcionan las Defensorías Comunitarias. Recorrer este departamento es una experiencia fuerte, no solo por el frío y los precipicios, sino también porque allí se respira desolación y olvido por todas partes. Por eso mismo, encontrar experiencias de compromiso, ver a jóvenes entusiasmados por mejorar la calidad de vida en sus comunidades, empeñosos en medio de tanta dificultad, solo es posible si recogemos el sentir de los comuneros de Cocha, quienes manifiestan que las Defensorías les permiten "vivir agarrando valor".

Aquí, algunas impresiones, sensaciones y constataciones.



agarrando valor

Gabriela Joo / Patricia Wiese / Fotografías: Nelly Plaza

I. Villa Rica de Oropesa

Como si fueran los guerreros de una película de Kurosawa, los rebaños de alpacas y llamas aparecen entre los cerros en filas que se entrecruzan.

Deslumbrados por esos sombreros con bordes de colores y flores que identifican a los solteros, por las pastorcitas que agitan sus huaracas, por la dignidad de los comuneros *chopcca* que resistieron a Sendero Luminoso, olvidamos que en este rincón del mundo la pobreza se mezcla con el azul añil del cielo y una ráfaga de viento helado, que la desnutrición —setenta y dos de cada cien niños la sufren— parece difuminarse entre los bosques de piedra con forma de monjes, que la tasa de mortalidad más alta de Hispanoamérica se esconde tras el manto —o trapo sucio— que cubre al niño desnudo de Ccarhuac, posible víctima de esta estadística.



Gabriela Joo es miembro del Área de Educación del IDL, y Patricia Wiese, reportera del programa *sin rodeos*.

Espejismos que nos hacen olvidar que estamos en Huancavelica, el departamento más pobre del Perú, lo que ya es mucho decir.



Alcalde Vara de la comunidad de Tuco.

II. La vigencia de la vara

Nos parecen tan lejanas las imágenes de los indígenas cargando sobre sus espaldas los enormes sacos de mercurio de la mina Santa Bárbara, y más bien nos llega el sonido del violín y el arpa que acompaña al *danzak* iluminado por los dioses de las montañas, cuando vemos al Alcalde Varac de la comunidad de Tuco ir y venir, casi omnipresente mientras vigila la ampliación del camino que realizan con el tractor prestado por el municipio de Lircay, dar órdenes a los peones que remueven el terreno donde se realizará la corrida de toros al día siguiente, y ayudar a bajar las cajas de cerveza del camión estacionado frente a la plaza.

"Yo soy el capitán y ellos los soldados", nos dice con sonrisa pícaro mientras posa para la foto.

Los soldados son todos: desde el presidente de la comunidad, los siete *varac* que representan a los barrios de Tuco, hasta el "alcalde menor", como él llama a la autoridad política.

Recordemos que, según la tradición, nadie puede darle la espalda al Alcalde Varac... y él lo sabe.

III. La organización ancestral

¿Quién dijo que la comunidad campesina ha perdido vigencia? En Huancavelica hay quinientas. Más de tres cuartas partes de la población es comunera.

Todas ellas estuvieron por casi dos décadas "entre los verdes y los rojos". Eran extraños, de otro color, venían de lugares lejanos. Lo más terrible era que rompían el orden establecido por siglos cuando los obligaban a marchar junto a ellos, cuando despreciaban sus costumbres, o cuando los hacían desobedecer a sus autoridades.

En zonas como Chincho sus habitantes fueron asesinados o tuvieron que huir.

"Nuevamente vuelta recién se está fortaleciendo y no era de la noche a la mañana sino tener que pasar años para poder retomar tal como era antes. Todavía no hemos llegado y queremos recuperar", comenta sobre su orga-

nización comunal un campesino de Congalla.

Y no podrán matarlas, como en el poema: ellas se fortalecen en la faena comunal, en el *ayni* y en la fiesta patronal de San Pedro donde vimos al Alcalde Varac, al medio entre el mayordomo y el presidente de la comunidad, presidiendo la ceremonia de la hoja de coca.



Cabildo para organizar la fiesta patronal en Tuco.

IV. Los nuevos tiempos

La modernidad puede ser esa Kola Real que los camiones llevan por cientos a la feria de los miércoles en Ccarhuac, o el *jean* desteñido del defensor comunitario de Julcamarca, o esos nombres como Johan y Marc Anthony, tan comunes entre los niños de Angaraes.

Pero, sobre todo, la modernidad está en las nuevas instituciones que irrumpen planteando otras relaciones y valores. Las Defensorías Comunitarias están formadas

mayoritariamente por jóvenes, más varones que mujeres en el caso de Huancavelica, "porque para ser defensores hay que saber leer y escribir", nos dice Paulino, responsable de la Defensoría de Buenos Aires. Entonces la fría estadística —68 por ciento de las mujeres son analfabetas— nos acuchilla.

Es gente que introduce ideas renovadoras, transgrediendo cierto orden establecido en el que una mujer, por ejemplo,

no se cuestionaba la paliza que le esperaba luego de la consuetudinaria borrachera del esposo. Y estas mismas mujeres, que seguramente no tienen voto en sus asambleas, pueden convertirse en defensoras, lo que les da autoridad para resolver casos de violencia familiar o maltrato infantil.

Todo ello trae algunos roces generacionales, pequeñas desconfianzas de los patriarcas. Pero no siempre es así, sobre



Defensoría de la comunidad de Buenos Aires atendiendo caso de violencia familiar.



Julián Choque, presidente de la Junta Local de Ñahuinpuquio y defensor de la comunidad de San Pablo de Occo.

todo en los lugares donde los defensores han asumido otros cargos dentro de la comunidad. Allí están Maura y Ninfa, gobernadora de Julcamarca y regidora de Accomarca respectivamente. El teniente de alcalde de la comunidad de Ccarhuac también es defensor, y en Tuco los defensores esperan con orgullo cumplir las labores de cuidado y vigilancia como campos de vara: "Quizá el próximo año", nos dicen ilusionados.

Y así, una a una se acumulan las satisfacciones de las defensoras y defensores al brindar este servicio. Un testimonio recogido en Occo las resume: "La emoción que siento es grande cuando viene mamita Emilia diciendo gracias Defensoría, porque ella ha aprendido que su esposo no le debe pegar... y cuando de otros lados donde no hay Defensoría nos buscan para que resolvamos sus problemas. Entonces mi corazón se vuelve amarillo, como la trilla". ▲



Eutropia Rodríguez, jueza de paz, apoya a la Defensoría del distrito de Julcamarca.